Article title: Feminidades Albergadas: Dao moral y dislocacin simblica de la maternidad por la separacin familiar forzada en mexicanas deportadas a Tijuana

Authors: Diana Carolina Peláez Rodríguez[1]

Affiliations: Pontificia Universidad Javeriana[1]

Orcid ids: 0000-0002-1766-655X[1]

Contact e-mail: dc.pelaez@uniandes.edu.co

License information: This work has been published open access under Creative Commons Attribution License <http://creativecommons.org/licenses/by/4.0/>, which permits unrestricted use, distribution, and reproduction in any medium, provided the original work is properly cited. Conditions, terms of use and publishing policy can be found at <https://www.scienceopen.com/>.

Preprint statement: This article is a preprint and has not been peer-reviewed, under consideration and submitted to ScienceOpen Preprints for open peer review.

DOI: 10.14293/S2199-1006.1.SOR-.PP1F4FQ.v1

Preprint first posted online: 24 May 2021

Keywords: Female deportation, female migration, family separation, U.S. - Mexico Border, Motherhood

*Versión en español de *Stuck on This Side: Symbolic Dislocation of Motherhood Due to Forced Family Separation in Mexican Women Deported to Tijuana*. Publicado en 2016 por The Journal of the Society for Philosophy in the Contemporary World, Volume 23 Number 1 Spring 2016. Traducido y ampliado por la autora para esta versión libre.

Feminidades Albergadas: Daño moral y dislocación simbólica de la maternidad por la separación familiar forzada en mexicanas deportadas a Tijuana

Diana Carolina Peláez Rodríguez

El albergue para mujeres y niños migrantes Madre Assunta en la ciudad de Tijuana surge hace veinte años como un espacio que acoge a mujeres migrantes que se encuentran en situación de vulnerabilidad en la ciudad por no tener familiares, ni amigos, ni conocidos y desean cruzar a los Estados Unidos para mejorar sus condiciones de vida. La estadía en el albergue para estas mujeres no se reduce solamente a tener un lugar para descansar cuando llegan a la ciudad; en el albergue estas mujeres encuentran un lugar seguro y de tranquilidad, un lugar donde respirar, pensar, llorar, hablar y relajarse antes de continuar su camino. Desde septiembre de 2012 a diciembre de 2013 tuve la oportunidad de visitar periódicamente el albergue, dirigir un taller literario con las mujeres y realizar más de cuarenta entrevistas, varias a profundidad, durante ese tiempo.

Las mujeres que se encuentran en el albergue provienen de países de Centroamérica o del sur de México, escapando de la violencia y la precariedad social; algunas son mujeres mexicanas que ya viven en Estados Unidos, pero que regresaron para darle una última visita a un familiar enfermo, usualmente la madre, y están buscando cruzar de nuevo a su hogar en el norte; y otras, un número en crecimiento desde los últimos cinco años, son mexicanas que han sido deportadas.

¿Qué ha sido lo más difícil? Aceptar la situación. Sí, el cambio... el cambio, sí. Fue muy duro la verdad. Me deprimí demasiado, ¡demasiado! sí, fue muy duro. [...] Aprender a convivir con muchas mujeres. Escuchar a veces historias que a veces no son tan agradables, a veces yo trataba de aislarme mejor, porque no quería escuchar esas cosas, porque me sentía yo mal. Mi cabeza empezaba a pensar muchas cosas, entonces uno: “no, no me gusta eso”. Porque...por mis niños, porque tengo mis niños y digo: “no, pues yo tengo que estar bien, tengo que estar bien y yo voy a ver a mis hijos un día y ¡vamos a estar bien!”. Porque tu llevas tu vida...tienes tu vida haciendo tus cosas. Yo estaba en mi trabajo, llegabas de tu trabajo, ves a tus hijos, o sea, ¡esa es tu vida! y de repente...!pum!...cambia el momento. Para mí fue fuerte, fue duro y aceptarlo me... aún a veces mi mente recuerda y no acepta muy bien. (Aura, pseudónimo, entrevista, 2012).

Aura tiene cuarenta años. Nació en Veracruz, al sur de México. Su vecino se casa con ella cuando tiene dieciocho años. Al poco tiempo después, él decide que se van juntos a los Estados Unidos. Ella no se siente cómoda con la decisión, pero no tiene opción. La familia crece en Oceanside, California. Dos hijos nacen allí y un tercero nace en México en un periodo de retorno, pero vuelven a California. Ella aprende a coser y trabaja en una fábrica. Más adelante es abandonada por el esposo y asume así el rol de proveedora a la par del de cuidadora vital. El hijo mayor la ayuda con sus hermanos y todos sobreviven en un entorno de relativa calma. Una tarde, mientras caminaba hacia la casa de su tío donde uno de sus hijos estaba pasando el fin de semana, es interceptada por unos oficiales de policía y le preguntan por sus papeles, lo cuales no tiene. Se la llevan a un Centro de Detención y la entregan a las autoridades de la Agencia de Control de Inmigración y Aduanas, ICE (Immigration Customs Enforcement). Un tiempo después es deportada. Han pasado tres años y Aura no ha podido tomar las riendas de su vida en México y sigue viviendo en el albergue, lugar en el que la estadía máxima es de dos semanas.

Entre 2009 y 2012, el gobierno de Estados Unidos ha deportado alrededor de 400 mil inmigrantes por año, por causa de drásticas políticas de deportación desarrolladas después de 2008. Según datos del Departamento de Seguridad Nacional de Estados Unidos, DHS (2011, 2012 y 2013), la mayoría de personas fueron removidas del país después de purgar penas en prisión por delitos cometidos en Estados Unidos de

nivel 2 y 3, un 30% de los inmigrantes eran de nivel 1, lo cual significa no pagar una multa de tránsito, por ejemplo; y el 20% no había cometido delito aparte de la violación migratoria¹.

La ciudad fronteriza de Tijuana está localizada en la costa oeste y limita con la ciudad de San Diego, California. Diariamente, alrededor de 170 personas arriban a la ciudad luego de la remoción por parte de las autoridades migratorias (INM, 2013). Desde el año 2011, se ha encontrado que la mitad de estas personas habían estado viviendo en Estados Unidos desde hace mas de un año, lo cual significa que la remoción ocurrió desde el interior del país y no desde la zona fronteriza (EL COLEF; 2013)².

Las mujeres representan alrededor del 9% de las personas deportadas a México y la mayoría entra de vuelta al país por la ciudad de Tijuana. Esta cifra puede explicarse por varios factores: los centros de detención no cuentan con suficiente espacio para mujeres; el hecho de que los hombres se encuentran usualmente en el espacio público y corren mayor riesgo de ser detenidos; y además algunas de las infracciones o crímenes cometidos son más comunes en hombres, tales como conducir embriagado o la violencia doméstica (París y Peláez, 2014).

¹ A mitad de los años noventa, las políticas migratorias en Estados Unidos cambiaron. Se hicieron más restrictivas mientras que el presupuesto para controlar y vigilar la frontera México-EEUU aumentó drásticamente. En 1996, el Congreso de Estados Unidos aprobó la Ley de Reforma de la Inmigración Ilegal y Responsabilidad del Inmigrante (IIRIRA por sus siglas en inglés), la cual expandió las causas para excluir y deportar inmigrantes y le dio a los oficiales de migración la autoridad de detener y expulsar inmigrantes sin el debido proceso. También impuso la prohibición a los deportados a retornar al país por periodos de mínimo cinco años, hasta de por vida (Hagan, Eschbach y Rodriguez, 2008: 65, Kanstroom; 2012:12). Después de IIRIRA las deportaciones (remociones) desde el interior del país crecieron exponencialmente; pasaron de 69,680 en 1996 a 391,953 en 2011 (DHS; 2012a). Los migrantes de origen mexicano han sido particularmente afectados por las deportaciones. Mientras que representan el 59% de los migrantes indocumentados, constituyen el 79% del total de deportados (DHS; 2012a).

² En contraste, en 2005 menos del 6% de los deportados eran personas viviendo más de un año en los Estados Unidos.

Por el lado de las políticas, no cabe duda de que la deportación tiene un componente de género. Tanya Golash-Boza and Pierrette Hondagneu-Sotelo (2013) afirman que las políticas contienen un programa racial y de género relacionadas con las políticas de antiterrorismo y desempleo de “hombres de color” en los Estados Unidos. Además, tanto ICE como el Presidente Barack Obama han asegurado que detener y deportar mujeres con hijos no es una prioridad (ARC, 2011).

La mayoría de las mujeres deportadas a Tijuana provienen del condado de Los Ángeles y es difícil encontrar una que no tenga hijos. Algunas de ellas los tuvieron antes de entrar a Estados Unidos, otras los tuvieron ya durante su estadía. Lo anterior presenta las posibilidades de familia en relación con el tipo de ciudadanía de la que gozan sus miembros: padres mexicanos con hijos mexicanos o con hijos estadounidenses, o familias mixtas (como la de Aura) con hijos mexicanos y estadounidenses³.

Al llegar a la ciudad, el Gobierno mexicano les da la opción de volver a sus lugares de origen, otorgándoles un subsidio del cincuenta por ciento del boleto de bus⁴. Quienes se quedan en Tijuana no cuentan con una red familiar o de amistad fuerte en México, y casi ninguna tiene conocidos en la ciudad. Algunas solo conocen los Estados Unidos, porque llegaron allí desde bebés; otras entraron un poco antes de sus veinte y después de casi treinta años su contacto con México es casi inexistente; de hecho, hasta se sienten más cómodas hablando en inglés que en español. Para las mujeres deportadas, llegar a Tijuana representa la pérdida temporal o definitiva de sus vínculos más íntimos y significativos: su trabajo, sus ingresos y sobre todo su familia.

El presente capítulo trata de la experiencia de las mujeres deportadas, especialmente madres, y cómo ellas viven la separación forzada de su familia, los recursos que tienen para comprenderla y sus opciones.

³ Esta condición y la edad de los hijos e hijas de las madres deportadas juegan un rol importante a la hora de tomar decisiones sobre la relación que ellas quieren mantener con sus hijos después de la deportación, y las cuales serán explicadas más adelante.

⁴ Algunas de ellas aprovechan esta oportunidad para visitar a sus parientes y amigos que no han visto en mucho tiempo, hasta por más de veinte años. Pero luego de un tiempo allí, vuelven a la región fronteriza para tratar de cruzar de nuevo, pues el lugar al que llaman hogar es en Estados Unidos.

Primero, se presenta una breve introducción sobre el fenómeno de la separación familiar por migración y por deportación, para luego contrastar el daño moral que se produce en las madres en ambos casos; segundo, se profundiza en el sentido que las mujeres le dan a la separación de sus hijos, para poder argumentar que la maternidad, tal y como ellas la conocen, sufre una profunda fractura, una dislocación simbólica que las deja sin suficientes recursos para resignificarla. Una tercera discusión se concentra en las opciones de reunificación familiar; y por último se da una caracterización de la Maternidad Transnacional en Deportación a modo de conclusión que profundiza en la importancia del entendimiento de esta perspectiva maternal no-normativa. A lo largo del texto, los testimonios de algunas de las mujeres entrevistadas a lo largo del trabajo de campo, apoyarán los argumentos.

Cruce de fronteras, Separación familiar y Maternidad transnacional

La separación familiar es un fenómeno intrínseco de la migración. Hasta 1980, el flujo humano proveniente de México a los Estados Unidos era principalmente masculino, temporal y de origen rural (Massey et al; 1987). Usualmente, las mujeres se quedaban solas en sus comunidades y al cuidado de los hijos por varios años, esperando el retorno del esposo. Durante las últimas décadas del siglo XX, este patrón cambió y se complejizó. Algunos estudios afirman que actualmente la migración es indocumentada, toda la familia está involucrada y los flujos se han feminizado (Leite, Angoa y Rodríguez; 2009)⁵.

⁵ Lo anterior resulta no sólo por las relaciones económicas entre los dos países, las crisis en México, y el cambio en las políticas migratorias en Estados Unidos; sino también por la naturaleza de la reconfiguración económica de finales del siglo anterior, lo cual constituye un sistema laboral transnacional que produce un flujo regular de trabajadores especializados y no especializados que apoyan la localización de poderosas redes en las ciudades globales (Sassen, 2006:315). En dicho sistema, las mujeres migrantes no sólo representan una fuerza de trabajo más barata, sino también “una ventaja para el empleador, ya que pueden explotar los valores sociales de sumisión que llevan incorporados” (Kittay, 2010:62).

En México, las mujeres que deciden migrar hacia los Estados Unidos sin documentos provienen principalmente de las regiones campesinas o de las áreas urbanas en condición de marginalidad. Entre las motivaciones a migrar de las mujeres que cruzaron jóvenes están: comprar una casa para sus padres y dejar de ser una carga para ellos, como una manera de independizarse; para quienes viajaron con sus esposos, algunas explican que sentían una obligación moral de acompañarlos así ellas no quisieran, otras expresaron que lo hicieron por razones de seguridad. Aquellas que crecieron de pequeñas en Estados Unidos explican que sus madres las cruzaron estando todavía en brazos o enviaron por ellas apenas se instalaron.

Históricamente, cuando un migrante emprende el viaje hacia Estados Unidos, se trata de un proceso bien planeado y previamente discutido en casa (aunque no siempre es consensual). Usualmente, la partida del miembro familiar toma más tiempo del programado, pues se contraen deudas como pagar el coyote, el asentamiento, los altos gastos en el nuevo país y las remesas que deben enviar a casa (Debry; 2010). La importancia del nuevo proyecto familiar ayuda a sobrellevar el dolor de la separación, y por lo tanto se admite la decisión.

La partida de madres migrantes que dejan a sus hijos en su lugar de origen comprende varios arreglos entre sus familias para garantizarles su bienestar. Hermanas, tías y abuelas se convierten usualmente en las cuidadoras sustitutas (Debry; 2010). La práctica de cuidar de la prole a través de la distancia marcada por fronteras nacionales con la ayuda

de otras mujeres es entendida como “Maternidad transnacional” (Hondagneu-Sotelo y Ávila, 1997). Pero a pesar del doloroso sacrificio de ausentarse y no ver a los hijos crecer, la maternidad puede re-significarse mediante las remesas que pueden garantizarle una vida digna y una mejor educación (*Ibid.*).

En contraste, la separación familiar por deportación es forzada e inesperada. A pesar de que es una amenaza constante, la familia nunca está lista cuando esto ocurre. Si la o el migrante fue detenido en casa, debe pasar por la humillante y violenta experiencia de ser arrestado frente a sus familiares. Si la aprehensión ocurre en las calles o en el trabajo, muchos no tienen la posibilidad de verlos de nuevo o hasta despedirse. La deportación usualmente significa la pérdida del ingreso principal del hogar, por lo tanto tiende no solo a marginar y empobrecer a quienes fueron deportados, sino también a sus familias y sus comunidades.

La condición transnacional de la maternidad que resulta de estos dos casos de separación familiar comparten algo en común: el daño moral que queda en la persona y su autoestima, causado por la fractura de las relaciones más íntimas. No obstante, la maternidad a distancia por migración difiere inmensamente de aquella causada por deportación, y para entender sus diferencias, es necesario explorar más a fondo en la construcción de la relación madre-hijo albergada en la feminidad mexicana, para comprender los desafíos a los que estas mujeres se enfrentan en estas dos condiciones.

En las entrevistas realizadas a mujeres deportadas en el albergue y en los talleres literarios que se realizaban una vez por semana, se encontró una metáfora recurrente con la

que explican el papel de la mujer en la sociedad: la mujer es “la columna vertebral” de la familia -y su lugar “natural” es el hogar-. Este imaginario congenia muy bien con el cautiverio de *madresposa* teorizado por Marcela Lagarde (1993), el cual hace referencia a la posibilidad femenina más apreciada y común en la cultura mexicana, cuyo valor es ser cuidadora vital de sus esposos, hijos y cualquier “otro” mediante el cual ella pueda definir su existencia, la mujer es un *ser de y para los otros*.

La maternidad y la identidad de género están íntimamente relacionadas. Cada elemento constituye al otro (Glenn, 1994), dado a la interpretación social de la división del trabajo que resulta de la habilidad reproductiva entre hombres y mujeres. El hecho biológico de que las mujeres no solo albergan vida en sus cuerpos, sino que el mantenimiento de dicha vida ocurre a través de sus cuerpos una vez que dan a luz, comprende una carga simbólica “universal” que asocia la vida y su mantenimiento como un deber “natural” de las mujeres. Firestone (1993) afirma que la primera división del trabajo se basa en esta habilidad, lo cual ha resultado en la exclusión de las mujeres del espacio público y su constreñimiento al espacio doméstico; tal interpretación ha legitimado la asimetría de poder entre los géneros como algo “natural”.

Pues yo contenta [*al tener su bebé*], yo quería hacer todo para él, era él ...y pues yo me acuerdo que yo siempre, o sea, pues a esa edad tenía 17 años y yo sí le di toda mi atención. Porque antes así que salía y todo. Y dije: ay, ya voy a tener a mi *baby*, ya lo tuve pues, como madre o sea. Mi mamá me decía que yo pues lo cuidaba bien: yo lo llevaba a las citas, le daba de comer bien, lo vestía bien y luego pues le ayudaba a mi suegra a limpiar la casa, a hacer de comer, pero todo para él. De ahí como que cambió mi vida, ya no podía. ¿cómo se dice? ya no voy a terminar la escuela ni nada...o sea, yo sentía así...no sé porqué. Yo sentía así, como que ya no podía, porque ya lo tenía a él, a mi niño, como familia... ¡como una madre! (Olga, entrevista, 2012).

Olga, madre de siete hijos, fue cruzada por su madre a los tres años y creció toda su vida en California. Al ser deportada tenía un bebé de dos meses de nacido y expresa su constante angustia por estar lejos de sus hijos más pequeños, pues dependen vitalmente de ella. La maternidad para Olga significa estar completamente presente, es un proyecto que puede desplazar cualquier otro que esté en progreso. La sensación que ella no puede describir puede asociarse al concepto de *habitus sexuado-sexuante* de Bourdieu⁶ y cuya lógica excluye cualquier otra opción antes de que pueda siquiera ser considerada, por lo cual el sujeto simplemente reproduce sin llegar a escoger (Chambers, 2008:52). Olga no necesita aceptar y afirmar conscientemente los contenidos de la maternidad, porque ellos ya son la idea organizadora de su consciencia, razón por la cual ella no puede explicarse⁷.

La maternidad transnacional parece entonces ir en contradicción con la manera “natural” y “apropiada” de ser madre. Según la interpretación social dominante expuesta anteriormente, la cercanía, continua dedicación, y el cuidado a dos manos son los valores de la “buena” madre. La maternidad ejercida en la distancia impuesta por fronteras nacionales no tendría cabida en ese ideal; por lo tanto, para aquellas mujeres cuyas condiciones de vida las obliga a vivirla de esa manera, el desafío a superar representa no solo un asunto metodológico, sino ontológico y ético a la vez.

La maternidad comprende una relación afectiva íntima y profunda, donde el bienestar de la prole es crucial para el bienestar mismo de la madre, proyecto “que impulsa a estas mujeres a migrar; y la relación afectiva se mantiene como una fuerza poderosa, incluso hasta en las situaciones de largas y continuas ausencias” (Kittay, 2013:207). Las madres migrantes necesitan redefinir el cuidado maternal como labor y como virtud; y ya que estas mujeres no están del todo forzadas a migrar, el daño moral que se produce en el

⁶ El *habitus sexuado-sexuante* se entiende como el orden social, o discurso, naturalizado que construye —o instituye— la diferencia entre los sexos biológicos, la cual se convierte en la justificación incuestionable de la diferencia que se ha construido socialmente entre los sexos (Bourdieu, 2000:30).

⁷ A pesar de que ésta es una noción hegemónica de la maternidad, no significa que todas las mujeres que crecieron en Estados Unidos se sienten de la misma forma. Viviana creció en California desde los dos años. Ella es muy consciente de los métodos de anticoncepción, ha escogido el mejor para ella y al ser deportada vivía en unión libre con su novio. También algunas se han identificado como lesbianas, otra ruptura en la sexualidad tradicional del entramado simbólico de la feminidad mexicana.

sentido de dignidad y respeto de sí-misma por la fractura de la relación entre madre e hijo, puede ser reparada mediante la ayuda de las otras mujeres que mantienen la relación de cuidado y las remesas que ella envía para garantizarle un bienestar integral (Kittay, 2010)⁸.

En dicha transacción, es cierto que sí ocurren daños, pero también es cierto que algunos beneficios sopesan los daños. Para los hijos que se quedan en el lugar de origen, existe la posibilidad de que puedan terminar la escuela y no se ven en la necesidad de comenzar a trabajar. Para las mujeres, la migración constituye una oportunidad de transformación en las relaciones de género, sea cuando migra sola, cuando lo hace con su pareja o con toda la familia.

A pesar de que la migración trae un número de beneficios para el individuo⁹, al igual que a la familia, también crea una condición de vulnerabilidad ante las leyes de la sociedad receptora que traza una clara línea entre los privilegios de sus ciudadanos y las limitaciones de quienes no lo son (Bustamante, 2011). Si la residencia del migrante no es reconocida legalmente, la condición de vulnerabilidad es mayor y por lo tanto existe un mayor riesgo de deportación. Sin embargo, así se tenga residencia legal, la deportación siempre es una posibilidad.

⁸ “Sin embargo, la implementación de este concepto requiere que entendamos el ‘sí-mismo’ en ‘respeto de sí-mismo’ como relacional, eso significa, un sí-mismo que ve las relaciones fracturadas como el peor de los daños” (Kittay, 2010:55).

⁹ Las migrantes mexicanas deben elaborar nuevos significados de la identidad femenina tradicional heredada a una que vaya más acorde con su nueva situación. Se ha documentado que las relaciones de género se transforman a unas de mayor equidad relativa en las relaciones de poder en el hogar. Mientras que el hombre –migrante indocumentado- experimenta generalmente una incertidumbre laboral y restricciones de movilidad en el espacio público; la mujer amplía su influencia espacial al entrar al mercado laboral, el desarrollo económico le ofrece una relativa autonomía y una mayor interacción con las instituciones en su nuevo lugar de asentamiento. Lo anterior resulta a menudo en una mejor habilidad para influenciar las decisiones que se toman en el hogar (Hondagneu-Sotelo, 1994: 198) y en un mayor sentido de agencia.

Como se ha afirmado antes, la separación familiar siempre ha formado parte de la migración, pero contiene distintas características cuando es por deportación, ya que se trata de un proceso de expulsión ejercido desde el Estado (Buenrostro, 2014). En el informe publicado por la Organización Americana de los Derechos Civiles (ARC; 2011), se afirma que las políticas actuales de deportación masiva ha destrozado familias enteras, conduciendo a una crisis del cuidado y hasta la fragmentación o disolución del hogar, lo cual ha puesto en peligro la integridad psicológica de los deportados y sus hijos.

Tania tiene veinticuatro años y deja la Ciudad de México cuando tenía dieciocho para vivir en Anaheim, California, con su tía. Su sueño era ahorrar dinero para comprarle a sus padres una casa. En California, conoce al padre de su hija. Un hombre que viajaba continuamente. Cuando fue arrestada, supo que él tenía otra familia y que trabajaba en el narcomenudeo:

Una amiga nos llevó en su carro por unos pañales y unos policías vestidos de civil nos pararon sin razón. Registraron el carro y el padre de mi hija tenía una bolsa con drogas. ¿Sabías de esto? Me pregunta el policía. Yo me sorprendí, ni siquiera sabía que él traficaba. El policía me dijo que expuse a mi hija a un peligro y me dijo: “Te voy a quitar a tu hija, ¡queda arrestada!”. Pero, ¿por qué? Pregunté. Yo no tenía idea de sus asuntos, yo solo iba a la tienda. [...] Mi hija fue entregada a una trabajadora social. Menos mal estaba dormida cuando todo esto pasó. Pasé dieciocho días en una prisión de Orange County y siete meses en “hold” peleando mi caso en un centro de detención. [...] ayer me deportaron. (Tania, entrevista, 2013).

La deportación siempre es tomada por sorpresa y nunca se está preparado para ello. El proceso de deportación tiene varios pasos como audiencias en cortes, traslados de una ciudad a otra y servir tiempo en centros de detención antes de la remoción. Algunas

personas han servido hasta un año cuando quieren pelear su caso. Antes de ser deportados se presentan en corte para ser informados del tiempo de penalización que recibirán por la violación migratoria, lo cual puede ser de cinco, diez o veinte años antes de volver a entrar de nuevo al país. Si violan esta prohibición, pueden ser encarcelados y luego de purgar la pena, son deportados de nuevo.

En la maternidad transnacional por migración, la ausencia de la familia es necesariamente larga por la distancia y los altos costos de volver de visita, por lo cual la madre prefiere enviar el dinero a casa y no gastarlo en viajes (Kittay, 2009:57); por el contrario, la ausencia de la maternidad transnacional por deportación es regulada por la burocracia del estado-nación y controlada por sus fronteras.

Una vez en México, un largo y extenso muro se convierte en la evidencia física de su nueva condición como deportada y de la división entre ella y su familia. La frontera se convierte en la representación de emociones y significados opuestos que se encuentran y producen un estado de confusión: *allá-hogar/acá-lugar-de-origen; entonces-independiente/ahora-dependiente; allá-extranjera/acá-ciudadana*. Además, esa línea física encarna simultáneamente el obstáculo geopolítico que la separa de sus relaciones más íntimas y centrales; pero al mismo tiempo es el símbolo de la distancia más corta entre ella y sus hijos, lo cual provoca una cierta ilusión de cercanía, que atrae al final una suerte de alivio.

La diferencia entre los dos casos de separación [familiar] es mi hija. Para mi toda mi vida está en los Estados Unidos. Mi vida es mi hija; ellos me la quitaron. En México tengo a mis padres y me gustaría verlos, pero no puedo irme [de Tijuana], porque

siento que mi hija... que la tengo más cerquita. Siento que si me voy a mi pueblo, se va a poner feo, va a ser muy estresante para mí (Tania, entrevista, 2013).

A diferencia de la maternidad transnacional por migración voluntaria, los beneficios e impactos positivos de esta experiencia en las familias y las madres deportadas están por entenderse. Buenrostro (2014) en su estudio encontró que las familias la viven como un estado caótico de acuerdos para estabilizar las rutinas y cada miembro de la familia debe ajustarse a la situación con los recursos materiales y emocionales que tiene para superar dicho estado. En estos ajustes, la edad de los hijos juega un papel crucial para lograr la dicha meta. Para la madre, la experiencia es vivida como un estado de luto, donde hay un esfuerzo por dar sentido a la pérdida de aquello que hace parte integral de ella (22). Cuando las mujeres del albergue describieron a la mujer como “la columna vertebral” de la familia, algunas también mencionaron sentirse desplazadas y colapsando sin ella.

Dislocación de la maternidad por deportación

I'm trying to get home. My home is over there. My home is not here.

I'm here because I have to be here, but not because it's my home!

(Patricia, entrevista, 2012)

Los individuos ocupamos lugares y los lugares hacen parte del mundo social. Entre otras dimensiones, estos constituyen lo que somos como sujetos al mismo tiempo que construimos su significado. La deportación tiene distintos niveles de complejidad dependiendo del sujeto que la experimenta. El apoyo que tiene de la familia en ambos lados; la fortaleza física, mental, psicológica y espiritual; y los recursos económicos, sociales y

simbólicos que tienen, son elementos fundamentales que las sostienen en la turbulencia –la cual es directamente proporcional al tiempo de estadía en el país expulsor.

Establecerse en un nuevo lugar requiere de muchas decisiones y energía para materializar la ilusión de un lugar que se pueda llamar hogar. En el trayecto, las relaciones también son lugares, algunas más significativas que otras. Parreñas (2001) estudió las diferentes dislocaciones que las trabajadoras filipinas del servicio doméstico viven al dejar su país para asentarse en Roma y en Los Ángeles. Ella define las dislocaciones como los desafíos que estas mujeres “enfrentan al navegar por el proceso social de la migración. Son las segmentaciones que encarnan sus prácticas diarias tanto en la migración como en el asentamiento” (197). Ella identifica cuatro tipos de dislocaciones: ciudadanía parcial, el dolor de la separación familiar, la experiencia contradictoria de la movilidad de clase, y el sentido de no-pertenencia; también discute las maneras en que ellas se resisten y negocian los efectos de dichas dislocaciones en su vida cotidiana.

Las mujeres deportadas también se enfrentan a algunos desafíos mientras transitan de la condición de inmigrante a repatriada. La discusión que se da a continuación se concentra en las maneras en que estas mujeres dotan de sentido el desplazamiento que experimentan en relación con la separación familiar, especialmente de sus hijos; acto que ejecutan en simultáneo con la significación de su estar en un “nuevo lugar”, que aunque es su tierra de origen, no es vivida como su hogar.

Eva Kittay (2013) ha analizado cuidadosamente la experiencia de madres transnacionales que trabajan en las labores del cuidado. Su argumento principal consiste en entender el cuerpo de quien es cuidado como un *lugar* y de este modo, este lugar constituye un *aquí* para quien cuida; “es el *aquí* encarnado para el cuidador *en calidad* de cuidador” (208). Ella llega a esta idea luego de ver que las mujeres continuamente expresan que se sienten *allá*, como si se hubieran quedado en su lugar de origen, a pesar de que se están en el nuevo país: “es el cuerpo de quien es cuidado el que sitúa al cuidador en un *aquí*, por lo que ella localiza el *aquí* a través de ese otro cuerpo. Una madre migrante, cuyo *aquí* es el cuerpo de sus hijos –y que viven en el

lugar que ella deja- deja su aquí en el sentido del *aquí de [su] cuerpo apropiado*, al igual que en el sentido de su *aquí en parte*¹⁰ (209).

Pensar el cuidado como un lugar nos ayuda a entender por qué las madres que han sido deportadas, y cuyos hijos se quedaron en Estados Unidos, no sienten su lugar de origen como su hogar, no pueden dar sentido a su nueva condición y sienten una gran urgencia por regresar a su ambiente “natural”. Estas mujeres no solo han sido desplazadas a través de las fronteras, sino que fueron forzadas a dejar el lugar que les es más familiar y las relaciones que allí se albergan. La identidad es relacional y nuestro bienestar está enlazado a las relaciones significativas que hemos formado. Tal como se ha afirmado anteriormente, el daño moral que ocurre cuando la madre es forzada a dejar a sus hijos, sea por migración o por deportación, yace en la profundidad de la fractura de las relaciones. La ausencia amenaza con deshacer los lazos y tanto la madre migrante como la deportada, se sienten incómodas por la impotencia de remendar el daño.

Para las mujeres en el albergue, la deportación es una experiencia alienante y la separación familiar es percibida como una ruptura, un desgarre. Ellas equiparan esta condición a un acto de abandono y cuando se dan cuenta de que el marco simbólico de la maternidad no encaja en su nueva realidad, otro desplazamiento toma lugar. Con la dislocación física de la deportación, también ocurre una dislocación simbólica: el valor positivo de la maternidad, basado en cuidar, nutrir y criar en la presencia; se convierte en su negativo, el cual está definido desde sus opuestos y la distancia se equipara con el abandono.

Con la frontera entre las relaciones, esfuerzos y estrategias de cuidado en la distancia surgen como formas de conservar su lugar en el hogar. Comunicaciones

¹⁰ Kittay describe las diferentes dimensiones filosóficas de la categoría de “Cuerpo como lugar” en: el *Aquí en parte* [*Here in Part*], cuando nuestros cuerpos son interpretados como una forma de extensión diferenciada en partes; el *Aquí de mi cuerpo apropiado* [*Here of my Body Proper*], cuando el cuerpo se localiza a sí mismo en un lugar; el *Aquí vía-mi-cuerpo* [*Here of my By-body*], cuando el cuerpo como lugar está en movimiento; y el *Aquí regional* [*Regional Here*], cuando el aquí “es la extensión constituida por varios caminos que podemos proseguir como cuerpo” (Traducción mía, 210).

telefónicas, por redes sociales y videollamadas se convierten en el recurso que las conecta con su *aquí* como cuidadora, asegurando momentáneamente el control y la no interrupción de la rutina diaria:

Le hablo por teléfono a mi mamá en la mañana siempre, en la mañana y en la tarde, y hablo con mi niña pues de tres años, porque tengo a mi niña la más chiquita de tres años y los otros pues ya están más grandes. Es la que siempre me busca, siempre, siempre. Yo siempre le recuerdo ¿verdad? ‘La niña tiene una cita al dentista este día’. O siempre le digo: ‘mamá, necesita sus vacunas’; y le hablo, o este...cosas así. Es diferente la madre que mi mamá. Es diferente porque ella no sabe lo que ella [a la niña] le gusta ¿Verdad? Y yo siempre le tengo que decir mamá: Viviana le gusta tomarse su leche a esta hora. O le gusta comer esto... ciertas cosas que le gusta a mi niña y pues ellos no saben. Tengo a mis hermanos también y mis hermanas también le ayudan a mi mamá un poco, también ahí con ellas hablo. (Olga, entrevista, 2012).

Como se ha explicado antes, las madres migrantes pueden redefinir el cuidado, pues este va más allá que la labor manual. Es una virtud, una actitud donde el sujeto entiende que la relación afectiva es una fuerza poderosa que puede representar un sentido de bienestar tanto para quien es cuidado como para el cuidador (Kittay, 2009). El sentimiento de no cumplir parcial o completamente con el rol esperado es descrito desde la culpa, pero con las remesas como un elemento estratégico que les ayuda a negociar el conflicto y la contradicción, el daño moral puede ser reparado.

Pero esto no ocurre con las madre deportadas, pues ellas no encuentran cómo resignificar el cuidado con esta estrategia. Es difícil para ellas encontrar un trabajo que no sea solo para sobrevivir dignamente y usualmente deben recibir dinero de sus parientes al otro lado. Las nociones de la “economía moral” (Contreras y Griffith; 2012: 52) en las que se apoyan

las razones de la migración se deshacen con la deportación y la distancia física y la maternidad transnacional pierden total sentido. No obstante, ellas entienden que ese derrumbe del ser debe volver a la normalidad y el impulso de su *habitus* crea las dos posibilidades de calmar el vacío: o cruzan de vuelta la frontera o traen sus hijos a México.

[*Después de la deportación*] “Me voy a la casa de mi mamá, me quedó ahí, me busco un trabajo...pero no me siento bien, siento como una desesperación así grande de regresar a E.U. me vengo a Nuevo Laredo, la frontera de Nuevo Laredo, y me quedo ahí a trabajar...intenté cruzar pero no pude, me agarró emigración y este... me regresó, me deportó otra vez para Nuevo Laredo, para México. Y me quedé a trabajar ahí y a vivir en Nuevo Laredo, queriendo esperar una oportunidad para volver a intentar cruzar pero pues nunca se me presentó ya más esa oportunidad. Y otra vez después de un año y medio de vivir ahí en esa frontera me regresé a casa con mi mamá otra vez, estuve como un mes y después me vine para acá, para Tijuana y ahora estoy aquí en Tijuana esperando...” (Mayra, entrevista, 2012).

Reunificación familiar

Ambos proyectos requieren todo un conjunto de recursos materiales, personales y psicológicos. La primera pregunta que surge cuando estas mujeres se encuentran finalmente en el albergue es cómo podrán reunirse de nuevo con su familia y qué tendrán que hacer para lograrlo. La primera opción, la cual resulta del impulso de restablecer la relación a como estaba antes y producir el menor daño a la prole es volver a casa. En el albergue, ellas reciben acompañamiento legal y allí conocen sobre las opciones, los riesgos y las consecuencias del cruce indocumentado. Además, conocen de primera mano las historias de fracaso de otras mujeres en el albergue, aunque también aquellas de éxito. Si la familia tiene algo de ahorros pueden ayudar con el pago del guía para cruzar o comprar documentos falsos; si no, puede intentarlo sola o en compañía de otras mujeres del albergue. Algunas visitan su lugar de origen, aprovechando que están en México y luego vuelven a la frontera para intentar cruzar.

Si mis hijos no estuvieran allá, yo no volvería para decirte la verdad. Los dos meses que estuve aquí en México, estuve muy agusto con mis hermanos. [...] Cuando crucé [*a los EEUU.*] mi hijo menor tenía dos meses. Ahora tiene quince, eso es toda una vida la que llevo allá. Mi hijo mayor tenía casi cuatro. Por mi yo no regresaba a los Estados Unidos, pero mis hijos necesitan de mi, yo quiero seguir apoyándolos para que continúen estudiando (Alma, entrevista, 2012).

Alma experimenta una realidad común en las mujeres que quieren cruzar de vuelta. A pesar de que sus hijos han crecido lo suficiente para cuidarse a sí mismos, ella es la proveedora de la familia y sin este apoyo, los hijos se ven obligados a comenzar a trabajar y dejar la escuela, lo cual aumentaría su vulnerabilidad a ser deportados para aquellos que no son ciudadanos estadounidenses. Otra razón común para cruzar, es la atención médica que reciben sus hijos en Estados Unidos, especialmente para aquellos con necesidades médicas especiales.

Angela va a terapias, muchas. Ella recibe ayuda para sus oídos, le hacen muchos exámenes. A ella le harán una cirugía en su carita el 26 de este mes, y luego le hacen otra. La dejé con mi nuera porque ella tiene Green card y puede cuidar de ellos. Ella me cuenta cómo va evolucionando y todo. Es que imagínese, desde que es una bebita ella necesitaba un tubo para darle su comida y cosas así... cómo te puedes despegar de alguien que es tan... ¡es como si me hubieran quitado una mano! ¡Tengo que volver! Si Ángela estuviera bien, yo no dudaría en traérmela pa'tras. Pero en esta condición es imposible para mi decir: "¡pus me quedo aquí!"... Estoy a solo unas horas, ¿me entiende? (Norma, entrevista, 2012).

Forzadas por las políticas migratorias al mundo de la ilegalidad, sus únicas opciones son las redes de cruce indocumentado de la frontera, pagando altos costos para los coyotes y poniendo su vida e integridad personal en riesgo. Si logran llegar a casa, vivirán una vida de miedo permanente a ser detenidas de nuevo o encarceladas. El cruce indocumentado de la frontera es una empresa difícil y extremadamente peligrosa. La gran infraestructura de seguridad en la frontera ha forzado a los migrantes a tomar rutas más largas y alejadas. A veces, para evitar el extenso muro que separa ambos países, los migrantes caminan durante días por cerros y desiertos, soportando altas temperaturas, expuestos a animales peligrosos y a la falta de agua a lo largo del camino. Si se esconden en vehículos, pueden morir sofocados. Del lado mexicano, los migrantes están

expuestos a la violencia generalizada de la inseguridad pública, el crecimiento de organizaciones criminales y la corrupción de las autoridades mexicanas (París y Peláez, 2014: 145).

A diferencia de los hombres deportados, más de la mitad de las mujeres planean quedarse en la frontera. Como se representa en las entrevistas, las razones van desde estadías temporales hasta permanentes. La primera corresponde al periodo de preparación para cruzar de vuelta a Estados Unidos de manera indocumentada, o también porque deben pasar por la lucha legal de traer a sus hijos en caso de que se encuentren en manos del gobierno. Las madres cuyos hijos están con familiares o amigos en el otro lado tienen mayores posibilidades de recibir visitas de ellos estando en frontera y hasta pasar el fin de semana con ellas. Para ellas, la estadía en Tijuana se hace permanente.

Las mujeres deportadas que se quedan en Tijuana o en otra ciudad fronteriza enfrentan oportunidades de trabajo limitadas; la mayoría no tiene documentos nacionales mexicanos y los procesos para obtenerlos pueden tomar tres meses o más. Además, usualmente no tienen referencias laborales o académicas. Por lo tanto, sus oportunidades de entrar al mercado laboral formal son mínimas. El medio de trabajo más común para ellas es el mercado informal o el trabajo doméstico. Las mujeres con cierto nivel educativo y que hablan bien inglés pueden trabajar en los centros de atención telefónica o *Call Centers*, donde usualmente no requieren experiencia laboral previa o documentos de nacionalidad.

Para las madres deportadas cuyos hijos están en manos del estado, traerlos a México es un proceso largo, pero cuentan con el apoyo del Ministerio de Relaciones Exteriores de ambos países. El proceso comienza con encontrar el caso y la casa hogar donde se encuentra el niño o la niña, lo que toma más de un mes. Para los hijos que son ciudadanos estadounidenses, el estado necesita asegurarse de que cuando estén en México, se les garantice el mismo nivel y calidad de vida que tenían en Estados Unidos. El proceso de reunificación familiar dura alrededor de dos años y consiste de tres presentaciones ante la corte en donde la madre prueba que ha cumplido con todas las condiciones que se le han impuesto.

En prisión me preguntaron qué pensaba hacer si me deportaban y dije: pos moverme por todas partes, voy directamente al DIF, a la embajada, a donde tenga que ir, porque necesito a mi hija de vuelta. Tomo todas las clases que me digan, me asignaron clases de padres, de alcohólicos anónimos, de narcóticos, terapias y otras clases. Se supone que los tomaría mientras estaba en detención, pero

como nosotros los migrantes indocumentados no tenemos acceso a ellas... pude haberlas tomado mientras me tuvieron encerrada esos siete meses, pero no pude. [...] ¡No voy a cruzar de vuelta! Me darían tiempo federal si me agarran. Yo estoy lista para recuperar a mi hija, no para perderla de nuevo. (Tania, Entrevista, 2013).

Los padres deportados tienen representación legal en corte y si al final del proceso la respuesta es negativa, pueden apelar. Si vuelven a fallar negativamente, los hijos van para adopción. Desafortunadamente, el desafío más grande no es el proceso en sí, sino convencer a los hijos de ir a México a vivir. Si son ciudadanos estadounidenses y han crecido lo suficiente para ser independientes, las madres saben que pueden tener una mejor educación allá y hasta ser profesionales. Ellas no quieren que pierdan su cultura o que dejen de hablar inglés; además adaptarse a una vida tan diferente puede ser un proceso bastante difícil para ellos. Si los hijos son mexicanos, algunas prefieren que se queden allá a que sigan su formación, mantengan el inglés y que puedan trabajar y estar mejor remunerados.

Me dicen que a lo mejor me meten un mes, a lo mejor a la cárcel y todo pero...pos vale la pena. Tengo que intentarlo porque tengo mis hijos y pos ellos aquí en Michoacán, no quieren estar. Al más grande no le gusta y dice que no, que no le gusta, que está feo, que a él no le gusta. Todos ya están en la escuela, están en la escuela y están aprendiendo bien y no se quieren regresar. Entonces me dicen: ‘¿Por qué no vienes tú mejor para acá? Nosotros no queremos regresar’. Y están chiquititos. La niña tiene tres años y no quiere, dice: ‘yo no me quiero ir para allá’. Pues sí, está difícil pero...y sí voy a volver a intentarlo.” (Rosaura, entrevista, 2012)

La reunificación familiar en México no es la opción más popular entre las deportadas cuyos hijos están con familiares o amigos. Volver a cruzar parece ser la primera opción, pero qué pasa si fallan o no quieren arriesgarse. Para poder ejercer la maternidad presencial que conocen solo tienen estas dos opciones y en ese punto de contingencia deben tomar decisiones. Ellas ya conocen lo que es vivir en invisibilidad en ambos países, aquellos hijos que tienen el privilegio de tener la ciudadanía de Estados Unidos tendrían dificultades para entrar a la escuela en México, no se sentirían cómodos con el idioma y no están acostumbrados a las condiciones de vida del lugar de origen de su madre.

En el caso de Mayra, ella no sintió la seguridad de dejar a sus hijas con familiares, ya que Nancy, la hija mayor, debía tener urgentemente un trasplante de hígado. En su ausencia, su única opción fue dejar a las niñas al cuidado del gobierno para que recibiera toda la atención médica que pudiera recibir. Ahora le están pidiendo que entregue la custodia de sus hijas:

M: Por medio de ellos [*Foster Care*] me dí cuenta que el papá había renunciado a los derechos de mis hijas...también a mí me decían que renunciara, pero me están pidiendo algo imposible, yo no puedo renunciar a mis hijas.

E: ¿Y para qué les dicen que renuncien?

M: Para que mis hijas puedan ser colocadas en una familia, más rápido. (Mayra, entrevista 2012)

Han pasado más de tres años desde la deportación y Mayra sigue peleando su caso, intentando obtener una visa para ver a sus hijas otra vez, pero le dieron un castigo de 20 años para no regresar. Nada ha funcionado y ella solo espera en Tijuana por un milagro o hasta que la hija mayor, ciudadana estadounidense, cumpla 21 años y pueda solicitar un perdón para comenzar un nuevo proceso.

Siempre existe la posibilidad de volver a su lugar de origen, pero para las mujeres que crecieron en Estados Unidos esto no tiene ningún sentido; su lugar de origen es el otro lado. Para aquellas con familia en México podría ser más fácil, pero para muchas volver en esas condiciones significaría el fracaso, además de cargar con el prejuicio social de volver sin sus hijos, lo que representaría ser una “mala madre” por haberlos abandonado: *Sí se me ha pasado por la mente ir para allá [a Veracruz donde sus padres], pero mis hijos están acá y no quiero volver sola. Voy a sentirme mal llegar allá sin mis hijos.* (Aura, Entrevista, noviembre 2012).

En casos extremos, algunas mujeres solo se sienten paralizadas y sumidas en el insoportable vacío de sentido y posibilidades, lo que las hace incapaces de tomar decisiones sobre su futuro o hasta de dejar el albergue. Este es el caso de Aura. Temerosa de cruzar la frontera, luego del fracaso de convencer a sus hijos de venir a México, incapaz de volver a su lugar de origen y sin los recursos simbólicos para reconstruir sus

más íntimas relaciones en la distancia, ella desarrolla una profunda depresión. Sus hijos no la pueden visitar¹¹ y quedarse en Tijuana es el único recurso que le queda para calmar el dolor de su ausencia. Mientras tanto, ella imagina sus vidas, cómo estarán creciendo, habla con ellos por teléfono y espera el día en que se volverán a encontrar.

Maternidad transnacional en deportación

*“No quiero que pierdan los beneficios,
porque ellos son de allá.
No quiero que paguen por algo que yo hice.
Acá me quedaré, en Ensenada, algún sitio cerca”.*
(Cecilia, entrevista ,2012)

La maternidad en deportación revela una compleja trama de relaciones de poder que van más allá de las fronteras y de la soberanía nacional. La remoción no solo afecta a la persona que fue forzada a desplazarse al otro lado de la frontera, sino también a todo el grupo de relaciones que la constituyen. La deportación desplaza al sujeto en tiempo y espacio y evidencia todos los recursos que la persona tiene para superar esta condición como el apoyo económico y emocional de la familia a ambos lados; la habilidad de crear redes y toma de decisiones; la capacidad de gestión para cruzar de vuelta o asentarse; la salud mental, física, emocional y psicológica; y los recursos simbólicos para redefinir su nueva realidad.

El cambio drástico y violento obstruye el proceso de identificación y pone en dificultad a estas mujeres para reconstruir su identidad femenina, especialmente en la dimensión de la maternidad. Su vida

¹¹ Al ser menores de edad, necesitan el permiso de los dos padres para obtener un pasaporte y salir del país, pero han perdido el contacto con su padre.

cotidiana, sus hábitos y sus relaciones quedan suspendidos y ellas deben entrar en un modo de supervivencia que implica el reto de reconstruir para sí mismas y para los suyos una normalidad.

Las nociones hegemónicas de feminidad influyen en las emociones de postdeportación. Las madres entrevistadas afirman que la proximidad es fundamental en la crianza para asegurar un buen cuidado y educación. Con la frontera entre ellas y sus hijos y sin la oportunidad de proveer para ellos, su rol como madres es puesto en entredicho y sienten una fuerte culpa. Las madres deportadas experimentan una dislocación simbólica, pues caen al lado negativo de la escala de valores de la maternidad, donde ejercerla a la distancia representa abandono. Por esta razón, e impulsadas por su *habitus*, la única solución que encuentran para enmendar ese daño es estar presentes de nuevo en la vida de sus hijos, sin importar los riesgos que esto conlleve.

Traer sus hijos a México es otra opción para re-establecer su rol como madres, pero distintas variables entran en juego a la hora de decidir: la edad de los hijos; su ciudadanía; si están bajo el cuidado de familiares y amigos o por el gobierno; la salud del niño o la niña; y el poder de decisión de los hijos sobre vivir o no en México. Si la madre decide no arriesgar su vida; no recibir un castigo mayor por la violación a la prohibición temporal de re-entrada al país, cruzando de nuevo; y no traer a sus hijos a México apoyada en la ideología que reza que la vida en Estados Unidos es mucho mejor para ellos; la madre se ve forzada a renunciar a su derecho de cuidar, a su agencia maternal como ella la conoce y requiere de una nueva formulación. Es aquí donde la maquinaria de recursos se hace útil, especialmente la simbólica.

Según Marcela Lagarde, las sociedades donde el paradigma positivo de la feminidad está en tener una sexualidad reproductiva y una relación de dependencia de y para los otros a través de la maternidad, producen sujetos femeninos donde la posibilidad de construir un deseo individuado, un mundo personal, un ser para-sí-mismas queda anulado (1993:19). Elizabeth Maier apoya esta idea y la complementa al decir que la falta de un deseo individuado –un deseo que la dirige a tener proyectos vitales propios y autónomos de los hijos y la pareja-, obstruye el proceso de subjetividad de la madre como una persona integrada (2001:89-90). La maternidad en deportación puede pensarse como una ruptura de este sistema cultural y algunas preguntas

surgen al respecto: ¿puede esta ruptura provocar en la madre la posibilidad de construir y eyecturar proyectos de vida propios autónomos de los hijos? ¿Hay alguna manera de reparar la fractura causada por la deportación en las relaciones centrales y el daño moral que resulta de ella?

Si bien, la deportación provoca algunas discontinuidades en el proceso de identificación, algunas continuidades aparecen simultáneamente. En la necesidad de recuperar la estabilidad personal, el *habitus* del altruismo sale a flote y un sentimiento de alivio calma el daño que embarga su autoestima. La representación positiva de la maternidad como un lugar de auto-sacrificio y sufrimiento y que ha sido heredada por el marianismo¹² cristiano, ayuda a la madre deportada a aceptar su decisión de extender voluntariamente la separación de sus hijos por el bien de ellos. El auto-sacrificio resulta ser la manera justa de sobrepesar los daños, en donde ella toma todo el castigo para sí misma. Lo interesante que ocurre aquí es que así sea dentro de este discurso, su agencia maternal tendrá que ser re-elaborada de otras maneras, ya no como cuidadora vital de y para los otros, sino como una madre que eventualmente desarrolla la posibilidad de ser una persona más integrada.

Está en los límites de esta investigación ver solamente esta posibilidad emergente y aceptar el flujo imparable de preguntas que quedarán sin contestar. Estudios con mayor

¹² Latinoamérica es el producto de una mezcla forzada de elementos desde la colonización. En su búsqueda por una identidad mestiza, la imagen de la madre como presencia y del padre como ausencia proveniente de la ideología cristiana, se ha convertido en la metáfora fundacional de la feminidad –y consecuentemente de la masculinidad. María, la madre de Dios, es un estereotipo de feminidad cuyos valores son la espiritualidad, pureza, abnegación, sacrificio, virginidad, maternidad, pasividad y ausencia de poder, entre otros. El Marianismo no aparece explícitamente en la vida cotidiana, pero es un “ideal” que lleva consigo un fuerte sentido de continuidad identitaria e histórica para la feminidad latinoamericana (Montecino, 1992).

profundidad que se pregunten por la condición de la maternidad transnacional en deportación son necesarios para comprender más cuidadosamente este fenómeno. Se debe también documentar y fomentar otras posibilidades de reunificación familiar, las acciones activas por parte de la comunidad para cambiar las políticas migratorias actuales en ambos lados y los aportes feministas para pensar y desarrollar discusiones sobre la ética del cuidado con respecto estas mujeres.

Referencias

Alma [entrevista], 2012, realizada por Diana Carolina Peláez Rodríguez, Tijuana, Baja California, México, 31 de octubre de 2012.

Applied Research Center (ARC), 2011, *Familias destrozadas. La intersección peligrosa de la aplicación de leyes de inmigración y el sistema de cuidado infantil*, Noviembre 2011

Asakura, Hiroko. 2012. "Maternidad a distancia: cambios y permanencias en las prácticas y las representaciones de las madres migrantes centroamericanas" En Esperanza Tuñón Pablos y Martha Luz Rojas Wiesner (Coords.). *Género y Migración* (2 volúmenes) (pp. 713-742). Ecosur, Colef, Colmich y Ciesas. Chiapas

Aura, Pseudónimo [entrevista], 2012, realizada por Diana Carolina Peláez Rodríguez, Tijuana, Baja California, México, 27 de octubre de 2012.

Bourdieu, Pierre. 2000. *La dominación masculina*. Ed. Anagrama. Barcelona

Buenrostro Mercado, Diana Karina. 2014. *¿Quién los cuidará? prácticas y significados de la maternidad en deportación*. Tesis de Maestra en Estudios Culturales. El Colegio de la Frontera Norte, A.C. México. 156 pp.

Bustamante, Jorge. 2011. "Extreme vulnerability of migrants: the cases of the United States and México", en *Migraciones Internacionales*, Tijuana, México, El Colegio de la Frontera Norte, vol. 6, núm. 1, Junio, pp. 97-118.

Cecilia [entrevista], 2012, realizada por Diana Carolina Peláez Rodríguez, Tijuana, Baja California, México, 8 de noviembre de 2012.

Chambers, Clare. 2008. *Sex, Culture, and Justice: The Limits of Choice*. Penn State University

Contreras, Ricardo y Griffith, David. 2012. "Managing Migration, Managing Motherhood: The Moral Economy of Gendered Migration". En *International Migration*, IOM. Blackwell Publishing Ltd, Volumen 50, (4), (pp.51-66). Agosto 2012. Oxford

Debry, Joanna. 2010. *Divided by Borders. Mexican Migrants and their Children*. The University of California Press, Berkeley y Los Ángeles

Department of Homeland Security (DHS). 2012 a. "Immigration Enforcement Actions: 2011". John Simanski and Lesley M. Sapp. Annual Report. September 2012, http://www.dhs.gov/sites/default/files/publications/immigration-statistics/enforcement_ar_2011.pdf

Department of Homeland Security (DHS). 2012b. "Deportation of Parents of U.S.-Born Citizens", Fiscal Year 2011 Report to Congress Second Semi-Annual Report, Marzo 26, 2012

El Colegio de la Frontera Norte (El COLEF). 2013. Encuesta de Migración en la Frontera Norte (EMIF-Norte). <http://www.colef.net/emif/>

Firestone, Shulamith. 1993. *The dialectic of sex. The case for feminist revolution*. New York, Quill.

Glenn, Evelyn Nakano. 1994. "Social constructions of mothering: A thematic overview", en Evelyn Nakano Glenn, Grace Chang y Linda RennieForcey (eds.), *Mothering. Ideology, Experience, and Agency*, New York-London, Routledge

Golash-Boza, Tanya and Pierrette Hondagneu-Sotelo. 2013 (En prensa). "Latino Immigrant Men and the Deportation Crisis: A Gendered Racial Removal Program" en *Latino Studies*.

Hagan, Jaqueline; Eschbach, Karl; Rodríguez, Néstor. "U.S. Deportation Policy, Family Separation, and Circular Migration", *International Migration Review*, vol.42, no. 161, Spring 2008, pp.64-88.

Hondagneu-Sotelo, Pierrette. 1994. *Gendered Transitions. Mexican Experiences of Immigration*, University of California Press, Berkeley y Los Ángeles

Hondagneu-Sotelo, Pierrette and Ernestina Avila. 1997. "'I'm Here, but I'm There'. The Meanings of Latina Transnational Motherhood". En *Gender and Society*. Vol. 11 N°5, October 1997

Kanstroom, Daniel. 2012. *Aftermath: Deportation Law and the New American Diaspora*, New York: Oxford University Press, pp.242

Maier, Elizabeth. 2001. *Las madres de los desaparecidos ¿un nuevo mito materno en América Latina?* UAM, Mexico.

Instituto Nacional de Migración (INM), "Boletín mensual de estadísticas migratorias 2013", Secretaría de Gobernación, México

Kearny, Michael, 2008, "La doble misión de las fronteras como clasificadoras y como filtros de valor", en Velasco, Laura, *Migración, fronteras e identidades étnicas transnacionales*, México, El Colegio de la Frontera Norte/Miguel Ángel Porrúa, pp. 79-116

Kittay, Eva. 2013. "The Body as the Place of Care. In Donald A. Landes & Azucena Cruz-Pierre (eds.), *Exploring the Work of Edward S. Casey*. Bloomsbury Publishing.

-2010. "The Moral Harm of Migrant Carework: Realizing a Global Right to Care" *Polity volume, Gender & Global Justice*. (revised and reprinted from *Philosophical Topics*, vol. 37, no. 1, Spring 2010, pp. 53-73)

Lagarde, Marcela. 1993. *Los cautiverios de las mujeres. Madresposas, monjas, putas, presas y locas*. Coordinación General de Estudios de Posgrado, UNAM. México. 2ª Edición

Mayra [entrevista], realizada por Diana Carolina Peláez Rodríguez, Tijuana, Baja California, México, 21 de octubre de 2012.

Montecino, Sonia. 1992. *Madres y huachos. Alegorías del mestizaje chileno*. Ediciones Cuarto Propio, CEDEM, Santiago de Chile.

Norma [entrevista], 2012, realizada por Diana Carolina Peláez Rodríguez, Tijuana, Baja California, México, 27 de octubre de 2012.

Olga [entrevista], 2012, realizada por Diana Carolina Peláez Rodríguez, Tijuana, Baja California, México, 15 de noviembre de 2012.

Post-deportation human rights project, 2012, *Regresando de los Estados Unidos después de la deportación. Una guía para evaluar su elegibilidad de regreso*, Center for Human Rights and International Justice Boston College, EU, mayo, en <http://www.bc.edu/content/dam/files/centers/humanrights/pdf/Regresando%20a%20Los%20EEUU%20despu%20de%20la%20deportacion.pdf> consultado el 7 de julio de 2014.

París, Dolores; Peláez Diana. 2014. “Retrouver le Nord: Stratégies Migratoires de Femmes Mexicaines Renvoyées de Force à Tijuana”. *Migrations Société*, Vol. 153, pp.135-150

Parreñas Salazar, Rhacel. 2001. *Servants of Globalization. Women, Migration, and Domestic Work*. Stanford University Press.

Patricia [entrevista], 2012, realizada por Diana Carolina Peláez Rodríguez, Tijuana, Baja California, México, 18 de octubre de 2012

Rosaura [entrevista], 2012, realizada por Diana Carolina Peláez Rodríguez, Tijuana, Baja California, México, 20 de septiembre de 2012.

Sassen, Saskia. 2000. “Women's Burden: Counter-geographies of Globalization and the Feminization of Survival” in *Journal of International Affairs*, Spring 2000, 53, No. 2. The Trustees of Columbia University in the City of New York.

Tania [entrevista], 2013, realizada por Diana Carolina Peláez Rodríguez, Tijuana, Baja California, México, 7 de marzo de 2013.